

hubiera bastado el látigo con que uno de vuestros antepasados hizo que mudasen de faz los negocios en la batalla de Loncarty. Yo no estoy acostumbrado á servirme de armas ó armadura que yo no he fabricado, porque no sé qué golpe podrá recibir la loriga sin hendirse, ni qué tajo podría dar la espada sin romperse.

Entre tanto había esparcido la fama por la ciudad de Perth la noticia de que iba el intrépido Smith á batirse sin armadura. Cuando se acercaba el momento fijado para el combate, llegó á los oídos del concurso el grito penetrante de una muger, que pedia le abrieran paso por en medio de la turba. Cediendo á sus importunidades la multitud le dejó paso, y ella se adelantó muy apresurada, casi falta de respiracion y agobiada con el peso de una cota de malla y una espada de dos manos. Se la reconoció como á la viuda de Olivier Proudpute, y las armas con que venia cargada eran las de Smith, las mismas que tenia puestas su marido cuando le asesinaron, y las que naturalmente habian llevado á su casa con el cadaver. Su viuda reconocida las traía á la lid para volvérselas á su

dueño, en un tiempo en que estas armas, cuya fuerza le era bien conocida, debian serle de tanta importancia. Recibiólas Enrique muy contento; la viuda con mano trémula le ayudó á ponérselas muy de prisa y se despidió de él exclamando: — ¡Proteja Dios al campeón de los huérfanos! ¡Desgraciado del que se ponga delante de él!

Sintióse Enrique con una nueva confianza hallándose revestido de una armadura de prueba, dió una patada como para mejor adaptar la cota de malla á los miembros, y desenvainando la espada la hizo blandir y zumbar al aire, trazando la figura del 8, con una facilidad y ligereza que probaban bien la fuerza y habilidad con que manejaba un arma tan pesada. Entonces se dió orden de dar la vuelta por la lid, y se dispuso la marcha de modo que los dos partidos no se encontraran, y que pudiesen rendir al rey el homenaje cada uno á su vez pasando delante de la galeria en la que se hallaba sentado.

Mientras que se hizo esta ceremonia, se ocupaban aun los espectadores en comparar atentos la talla, los músculos y miembros de los

campeones de ambos partidos, procurando conjeturar sobre el resultado del combate. Una querrela de un siglo con todos los actos de agresion y de represalias verificadas en este intervalo de tiempo, era lo que agitaba interiormente á cada uno de los guerreros. Tomaron sus facciones la expresion mas salvaje de soberbia, de odio y resolucion desesperada por combatir hasta el último suspiro.

Al tiempo que desfilaban, se oyó un murmullo de gozo y aplausos entre los espectadores que con impaciencia esperaban esta escenasangrienta. Se hicieron y aceptaron apuestas tanto sobre la resulta del combate general, como sobre los hechos de armas de ciertos campeones. El aire franco y tranquilo, pero animado de Enrique, fijó sobre él un interés general, y se apostó á que mataba tres de sus enemigos antes de que él cayera.

Apenas Enrique se habia puesto su armadura, cuando los gefes mandaron que cada uno se pusiera en su puesto, y al mismo instante se oyó salir de entre la multitud, á quien el cuidado con que miraba tenia en silencio, la voz

de Simon Glover, que le llamaba y decia:— ¡Enrique Smith! ¡Enrique Smith! ¿qué locura te ha dado ahora?

— Sí; él quiere impedir que su yerno, — su yerno presente ó futuro, — pase por las manos del armero; pensó á lo primero Enrique. Su segundo pensamiento fué de retirarse y de ir á hablarle; pero el tercero le recordó que no le permitia el honor ni abandonar por ningun motivo la tropa, cuya causa tenia prometido abrazar, ni aun dar á entender queria diferir el combate.

No cuidó, pues, sino de lo que se trataba por el momento. Se colocaron los dos bandos por sus respectivos gefes dividiéndolos en tres lineas de diez hombres cada una. Los pusieron á una distancia capaz los unos de los otros, para que cada individuo quebase libre para mover la espada en todas direcciones; porque tenia cada espada cinco pies de longitud sin contar la empuñadura. La segunda y la tercera fila debian servir de reserva en caso que la primera fuera derrotada. A la derecha de las filas del clan de Quhele, se puso en segunda fila

el gefe Eachin Mac-Ian entre dos de sus hermanos de leche. Cuatro de ellos ocupaban el extremo derecho de la primera fila y los otros dos guardaban las espaldas de su gefe querido. Torquil habia tomado puesto inmediato á él, para estar mas á la mano y defenderle. Por lo visto se hallaba Eachin en el centro de nueve hombres los mas robustos del bando, teniendo delante de sí cuatro defensores, uno á cada lado y tres á la espalda.

Dispusiéronse las filas del clan de Chattan por el mismo orden, á excepcion de que se puso el gefe al centro de la segunda fila en lugar de ponerse al extremo derecho. Enrique Smith que no veia en las filas opuestas mas que un enemigo solo, al desgraciado Eachin, se propuso ponerse al extremo izquierdo de la primera linea del clan de Chattan. Pero Mac-Gillie no aprobó este arreglo, y recordando á Enrique su deber de obedecerle por estar á sueldo suyo, le mandó ponerse en tercera fila inmediatamente detrás de él. Este puesto era ciertamente honorifico y no le podía rehusar Enrique, pero le aceptó de mala gana.

Por este medio quedaron los dos clanes frente á frente; anunciaban su animosidad heredada y su impaciencia por venir á las manos con gritos feroces, que dados á lo primero por el clan de Quhele, se repitieron por el de Chattan, blandiendo al mismo tiempo las espadas y amenazándose mutuamente, como si quisieran vencer la imaginacion de sus enemigos, antes de combatirlos cuerpo á cuerpo.

Torquil, que nunca temió por sí mismo, no estaba en este crítico momento sin recelo por su gefe. Se tranquilizó sin embargo al verle con un aire de resolucion, dirigiendo á sus compañeros palabras propias con que animarlos al combate, y expresar su determinacion de participar de su destino, y de vencer ó morir con ellos. Pero no se le dió tiempo de alargar su arenga. Las trompetas del rey tocaron á la carga, las gaitas hicieron señal, con su áspero sonido, y los combatientes en buen orden, doblando el paso á proporcion de como avanzaban, y acabando por correr, se vinieron á encontrar en el centro de la lid, como

se encuentra el torrente furioso con el flujo que se avanza.

Por algunos instantes, las dos primeras filas, en que los combatientes se atacaban unos á otros con sus largas espadas, no presentaron mas que una serie de combates singulares. Pero los campeones de las otras dos lineas, impelidos por el odio y el ansia de gloria, tomaron bien pronto parte en la accion, llenando los espacios que separaban á los combatientes de la primera linea, é hicieron de esta escena un caos tumultuoso, por encima del que se veia levantar y bajar las espadas, las unas todavía brillantes, las otras teñidas en sangre, y que parecian, por la rapidez con que menudeaban los golpes, mas bien moverse por un complicado mecanismo, que agitadas por mano de hombres. Algunos de los combatientes, al verse tan juntos, y que no podian servirse de armas tan largas, se habian valido de los puñales y procuraban atacar mas de cerca á sus enemigos colocados á su frente. A este tiempo corria ya la sangre, y los gemidos de los que caian se mezclaban con los gritos de los que

peleaban. Estos clamores mas merecian el nombre de ahullidos, por el modo con que los daban los montañeses. Aquellos espectadores, cuya vista estaba ya bien habituada á tales escenas de tumulto y sangre, no podian con todo descubrir alguna ventaja en un partido contra el otro. Por diferentes intervalos, ya parecia superior el clan de Quhele, ya el de Chattan; pero no era mas que momentanea la ventaja, y el que la habia logrado, al instante la perdia por otro ataque mas vivo de sus enemigos. Sobresalian los sonidos agudos de las gaitas al tumulto, y excitaban nuevos esfuerzos en el furor de los combatientes.

De repente, y como por mutuo consentimiento, los instrumentos de ambos bandos tocaron retirada, haciendo escuchar sonidos lúgubres, como si fueran un canto fúnebre en honor de los que habian perdido la vida. Separáronse los dos partidos por algunos minutos para respirar. Examinaba con atencion la vista de los espectadores las filas claras cuando se retiraban del combate; pero aun hallaron como imposible decidir qué partido habia su-

frido mas. Al parecer el clan de Chattan habia perdido menos hombres; pero en descuento los plaids ensangrentados de sus campeones probaban que este contaba mas heridos porque por una y otra parte los mas de los combatientes habian arrojado los capotes. Veinte hombres eran en todos los que quedaban en el campo entre muertos y moribundos. Brazos y piernas separadas del tronco, cabezas hendidas hasta la nuca, tajaduras que iban desde el hombro hasta el pecho, testificaban al mismo tiempo el furioso encarnizamiento del combate, la naturaleza fatal de las armas de que se servian, y la terrible fuerza de los brazos que las manejaban. El gefe del clan de Chattan se habia portado con valor y resolucion, y estaba herido levemente. Eachin, cercado de sus guardias de corps, habia combatido tambien valerosamente. Su espada estaba teñida de sangre, su exterior osado y todo él belicoso; y se sonrió cuando el viejo Torquil le dió un abrazo muy apretado colmádole de bendiciones y elogios.

Despues de haber dado los gefes dos minutos de descanso, volvieron á formar sus lineas,

reducidas á casi dos tercios de lo que antes eran. Tomaron posicion en un terreno mas próximo al rio, que aquel donde antes habian peleado, y que se hallaba cubierto de muertos y heridos. Se veian algunos enderezarse á observar lo que pasaba en el campo de batalla, y luego dejarse caer, la mayor parte para morir desangrados por las profundas y anchas heridas ocasionadas por la claymora.

Distinguíase con facilidad á Enrique Smith tanto por su trage tan diferente del de los montañeses, como porque se habia quedado en el puesto en que habia peleado, de pie derecho, y apoyado sobre la espada, cerca de un cadaver, cuya cabeza cubierta con un casquete en que se veia bordada una rama de encina, distintivo de los guardias de corps de Eachin, habia sido arrojada á diez pies del cuerpo con la fuerza del golpe que la separara del tronco. Enrique, despues que hubo muerto á este hombre, no habia dado un solo golpe, contentándose con estar á la defensiva, parando los golpes que le tiraban, y algunos que dirigieron contra el gefe. Mac-Gillie Chattanach se alar-

mó algún tanto, cuando, después de haber dado la señal á sus gentes para formar las filas, vió que se quedaba este formidable defensor á cierta distancia y que se mostraba muy poco dispuesto á reunirse á los demás.

— ¿Qué tienes tú, pues? le preguntó él; un cuerpo tan robusto como el tuyo podrá estar animado por un espíritu bajo y cobarde? ; Vamos! disponte para el combate.

— Vos me habeis dicho hace algunos instantes, que yo estaba á vuestro sueldo; siendo eso así, respondió Enrique mostrando el cadáver tendido á sus pies, harto he trabajado por el sueldo de un día.

— Yo recompensó sin contar el sueldo al que me sirve sin contar las horas.

— En ese caso, replicó Smith, yo sirvo como voluntario, y tomaré el puesto que mejor me convenga.

— Como tú quieras, respondió Mac-Gillie Chattanach, quien juzgó prudente ceder á las fantasías de un auxiliar tan importante.

— Eso basta, dijo Enrique, y poniéndose la espada al hombro, se juntó con los otros, colo-

cándose en frente del gefe del clan de Quhele.

Entonces fué cuando la resolución de Eachin comenzó por la primera vez á debilitarse. Él habia considerado por largo tiempo á Enrique como el combatiente mas fuerte que Perth y sus contornos hubieran podido enviar á la lid. Al odio que contra él habia concebido como rival suyo, se añadía el recuerdo de la facilidad con que, aunque sin armas, habia reducido á nada, poco tiempo antes, su ataque repentino y desesperado; tan luego como le vió que dirigia los ojos hácia donde él estaba, levantando su hierro ensangrentado, pronto para atacarle personalmente, le faltó el valor, y manifestó algunos síntomas de temor, que no pudieron escapar á la vigilancia de Torquil.

Fué una fortuna para Eachin, que Torquil, como verdadero hijo de Gael, fuese incapaz de concebir la idea de que un individuo de su clan, y menos aun que otro, su gefe á quien él habia criado, pudiera faltarle el valor fisico. Si se lo hubiera podido imaginar, su desesperacion y rabia le hubieran impelido á cortar por su misma mano el hilo de la vida de Ea-

chin para evitarle que profanara su honor. Pero su alma se resistió al pensamiento que le pareció monstruoso y contrario á la naturaleza, que aquel á quien él habia criado se hiciese accesible á la cobardía. Era para él un enigma el estado en que le miraba, y la suposición de que estaba sujeto al influjo de un encantamiento era la solución que le presentaba su superstición. Preguntóle pues con inquietud y en voz baja: — ¿Obra el encanto ahora sobre tu alma, Eachin?

— Sí, ¡cuán desgraciado soy! respondió el desdichado joven indicando al armero, y ese es el cruel encantador.

— ¡Qué! exclamó Torquil ¿y llevas una armadura fabricada por su mano?—Norman, miserable hijo ¿por qué le has traído esta maldita cota de malla?

— Si mi flecha no acertó al blanco, respondió Norman nan Ord, mi vida será la segunda que yo dispararé. — Estad firme, y vereis como deshago el encanto.

— Si, tengámonos firme, dijo Torquil, bien puede ser un encantador habil; pero mis oídos

oyeron, y mi lengua pronosticó que saldría Eachin de este combate, sano, libre y sin herida. Veamos si el hechicero sajón puede desmentir esto. Bien puede ser muy robusto, pero todo el monte de encina* caerá con ramas, tronco y raíces, antes que ponga la mano sobre mi querido hijo Eachin. Poneos al rededor de él, ¡hijos míos, — ¡*Bas air son Eachin!*

Los hijos de Torquil repitieron estas palabras, que significan: — ¡Muramos por Hector!

Animado por su afecto, Eachin pareció reanimado, y exclamó con voz esforzada á sus músicos de gaita: — ¡*Seid suas!* es decir, — Tocad los instrumentos.

Los tonos salvajes del pibroch anunciaron de nuevo la carga. Pero los dos partidos se aproximaron á paso mas lento que la vez primera, como hombres que habian aprendido á conocerse y respetarse por su valor. Enrique, con su impaciencia por pelear, marchó mas ligero que sus compañeros, é hizo señal á Ea-

* Alusión al nombre de Torquil de la Encina y á sus ocho hijos.

chin para que viniese á su encuentro. Pero Norman se abalanzó para cubrir á su hermano de leche, y hubo una pausa general, aunque muy corta, como si los dos partidos, hubieran querido sacar de este combate singular algun agüero sobre la fortuna del dia. Adelantóse el montañés con la espada levantada en ademan de tirarle el golpe, pero en cuanto él llegó á la distancia de esta arma, saltó con ligereza por encima de la espada de Smith, sacó su dirk, que era el mismo que le habia regalado Enrique, y, hallándose cuerpo á cuerpo con él, le dió una puñalada al lado del cuello haciéndola descender hácia el pecho, y diciendo al mismo tiempo:—Tú mismo me has enseñado como se debe sacudir el golpe.

Mas Enrique llevaba su excelente loriga, con defensa doble por un forro de acero templado. Si su armadura no hubiera sido tan buena, este instante hubiera sido el término para su carrera de combates; pues ni con ser tan excelente pudo librarle de una herida leve.

—Loco, replicó él dando á Norman un golpe con el pomo de la espada que le hizo ir para

atrás, yo te enseñé á dar el golpe mas no á pararle; y levantando al mismo tiempo la espada la dejó caer con tal fuerza en la cabeza de su adversario, que le hendió el craneo á pesar del casquete de acero que tenia puesto. Saltando entonces por encima del cuerpo inanimado de su enemigo corrió hácia el joven gefe, que estaba de facha con él.

Pero la voz de Torquil, fuerte como el trueno, gritó: — ¡*Far eil air son Fachin!* es decir, ¡Muera otro por Hector! y los dos hermanos puestos á cada lado del gefe, echando adelante y atacando á Enrique los dos á un tiempo le obligaron á quedarse á la defensiva.

— Adelante, ¡hijos del Gato Tigre! exclamó Mac-Gillie Chattanach; adelante, ¡al socorro del valiente sajón! que sientan vuestras uñas estos gavilanes.

El mismo gefe, aunque con bastantes heridas, voló al auxilio de Enrique y echó por tierra á uno de los leichtachs que le atacaban, al tiempo que la buena espada de Enrique le desembarazó del otro.

— *¡ Reist air son Eachin !* ; Muérase aun por Hector ! exclamó el fiel Torquil.

— *¡ Bas air son Eachin !* ; Muramos por Hector ! repitieron dos de sus hijos, que tenían el mismo afecto, y sostuvieron el ataque del armero y de los que habían venido en su auxilio; en tanto que Eachin, yéndose hácia el ala izquierda, buscó en ella adversarios menos temibles, y con algunas chispas de valor reanimó la esperanza vacilante de sus compañeros. Los dos hijos de la encina que habían cubierto esta embestida tuvieron la misma suerte que sus hermanos, porque el grito del gefe del clan de Chattan había traído hácia este lado unos cuantos de sus mas valientes guerreros. A pesar de esto no murieron en valde los hijos de Torquil; pues que tanto los vivos como los muertos de Chattan conservaban las terribles marcas de sus claymoras; pero la precision de quedarse los soldados mas distinguidos al rededor del joven gefe, por necesidad debió ser para ellos una circunstancia muy perjudicial, que influyó mucho para el resultado contrario en el combate al clan de Quhele. Esta-

ban entonces tan claras las filas de los combatientes que era facil ver no contaba ya mas que quince el clan de Chattan y entre ellos varios heridos, y el de Quhele solos diez, de que hacian aun parte cuatro de los guardias de corps de Eachin, contando en ellos á Torquil.

Continuóse no obstante peleando con encarnizamiento y parecia que se redoblaba el furor á medida de como iban faltando á los combatientes las fuerzas físicas. Enrique Smith, aunque cubierto de varias heridas, no cuidaba sino de acabar con los bravos que protegian al objeto de su animosidad, ó en hacerse paso hasta él; mas al repetir el valiente Torquil las palabras: — *¡ Far eil air son Eachin*, le respondian con entusiasmo las de — *¡ Bas air son Eachin !* y aunque fuese por entonces inferior en número el clan de Quhele, parecia dudoso el éxito del combate. Una debilidad absoluta forzó á los dos partidos para que hicieran otra pausa.

Entonces se notó no quedaban mas que doce hombres al clan de Chattan, pero apenas podian sostenerse dos ó tres de ellos, si no

se apoyaban en las claymoras. El clan de Quhele ya no tenia mas que cinco, Torquil y el menor de sus hijos, ambos heridos levemente, completaban el corto número á que se hallaba reducido el bando. Eachin era el solo, que, á causa del cuidado que se habia puesto en parar todos los golpes que se le dirigian, no tenia ninguna herida. La falta de fuerzas habia cambiado la rabia de ambas partes en desesperacion sombría. Los que habian quedado vivos andaban vacilantes como los somnábulo en medio de los cuerpos inanimados, que miraban como para que reviviera en ellos el odio contra los de sus enemigos que aun sobrevivian, contemplando á sus amigos, para ellos ya perdidos.

Bien pronto vieron los espectadores como los que habian quedado vivos despues de tal combate mortal, se reunian en la orilla del rio Tay, terreno que por estar menos regado con la sangre no era tan resbaladizo y se hallaba menos embarazado de cadáveres, con el ánimo de concluir alli la obra del exterminio.

— Por el amor de Dios, por la misericordia

que diariamente le pedimos, dijo el buen viejo del rey al duque de Albany, ¡pongamos término á este combate! No permitamos que esos residuos desgraciados de criaturas humanas, prosigan una carnicería tan horrorosa. ¡Seguramente que ahora darán oídos á la razon, y aceptarán la paz bajo condiciones equitativas!

— Sosegaos, señor, le dijo su hermano. Esos montañeses son la peste de las tierras bajas, aun viven los dos gefes. Si se retiran sin peligro, de nada sirve la fatiga de este dia. Acordaos que habeis prometido al consejo no decir: Basta.

— Me forzais á cometer un gran crimen, Albany, tanto como rey, obligado á la proteccion de sus súbditos, cuanto como cristiano que debe amar á sus hermanos.

— Os engañais, señor; estas gentes no son vasallos fieles sino rebeldes desobedientes, como lor Crawford puede testificarlo, y mucho menos son cristianos, porque os dirá por mí el prior de Dominicos que son mas de medio paganos.

El rey dió un profundo suspiro: — Haced lo